

TRÍO FANTÁSTICO

DOR LON CHANEY Y MAE BUSCH



32

BIBLIOTECA PERLA
PUBLICACIÓN QUINCENAL

TRÍO FANTÁSTICO

BIBLIOTECA PERLA

TRÍO FANTÁSTICO

SUPERPRODUCCIÓN GIGANTE DE LA FAMOSA MARCA
"METRO - GOLDWYN - MAYER" MAGISTRALMENTE

INTERPRETADA POR EL «AS» DE LA CARACTERIZACIÓN

LON CHANEY

Y LA HERMOSA Y GRAN ESTRELLA DEL ARTE MUDO

MAE BUSCH

ADAPTACIÓN LITERARIA DE
AGUSTÍN PIRACÉS



EXCLUSIVA

METRO GOLDWYN CORPORATION
Mallorca, núm. 220 : Barcelona

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN : PARÍS, 204 - BARCELONA

EL TEATRO FANTÁSTICO

ESTA SEMANA SE PRESENTA EN EL TEATRO FANTÁSTICO
LA ÚNICA OBRA DE ESTE TIPO EN LA CIUDAD.

ENTRADAS 500

ENTRADAS 300

ENTRADAS 200

ENTRADAS 100



TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
TELÉFONO G-104: BARCELONA



TRÍO FANTÁSTICO

— ¡Pasan, señores, pasen, que el espectáculo es gratuito y no ha de costarles nada! ¡Ni hay contaduría, ni revendedores, ni taquillas de preferencia! ¡Ni un centavo les ha de costar poder admirar las proezas de Hércules, el hombre más forzudo que ha pisado el globo terráqueo desde los tiempos de la fábula! ¡Pasan, señores, pasen, y verán a la más hermosa Rosita O'Grady, la muchacha más bella del planeta, que ejecuta multitud de ejercicios arriesgados, baila como una peonza y canta como un ruiseñor! ¡Pasan, señores, que va a principiar la función, y si no entran ustedes en seguida, no verán al famoso gorila que estuvo a punto de comerse al Sultán de Cafrería cuando lo fueron a cazar sus fieles servidores! ¡Entren, que nada les ha de costar, y podrán deleitarse con el maravilloso espectáculo del

ventrílocuo Eco, cuyas proezas han dado la vuelta al planeta! ¡Pasan y contemplarán la octava maravilla de los tiempos modernos: el portentoso Don Comino, que no levanta un palmo del suelo y tiene veinte años de edad! Esta es la ocasión de presenciar el espectáculo más divertido, instructivo y moral que se ha dado en Nueva York de cincuenta años a esta parte! Esta es la ocasión! Este es el momento!

Así gritaba y gesticulaba, cierta noche de verano, templada y fragante, un hombre de unos treinta años de edad, alto, corpulento, pero cuyo rostro empezaba a envejecer unas prematuras arrugas. Su voz tenía algo de clamor de batalla, de mandato imperioso, de convencedora inflexión. A su lado, dispuestos en grupo, se hallaban los principales artistas de la compañía de que parecía ser el director.

— Verán ustedes, en primer lugar — siguió diciendo — a «Hércules», el hombre más fuerte de la tierra, incluso Dempsey y Gene Tuney. Rompe una botella de a litro con los dientes, aplasta de un puntapié un caldero de hierro de un centímetro de grueso y dobla con las manos, como si fuese de cartón, una herradura. ¡Ahora mismo van a verlo, señores, ahora mismo van a verlo!

Y, en efecto, «Hércules», adelantándose, sacó del bolsillo una vieja y enmohecida herradura, que mostró antes a la concurrencia, a fin de que ésta no pudiese tener la menor duda sobre su resistencia, y luego, cogiéndola entre ambas manos, la dejó con-

vertida, en pocos momentos, en una barra de hierro casi uniformemente recta.

Los circunstantes quedaron atónitos ante la proeza, y algunos de ellos, deseosos de exteriorizar vehementemente su entusiasmo, rompieron en aplausos.

Un chiquillo de unos ocho años era el que mayores muestras de admiración daba ante la asombrosa prueba de fuerza de «Hércules».

— No fumes cuando seas mayor — le dijo su madre al oído — y llegarás a ser tan fuerte como él.

La madre del pequeño espectador, una mujer gruesa y bigotuda, sentía extraordinaria aversión hacia la planta de Nicot, por contra, que adoraba su marido. Calculen, pues, nuestros lectores, cuál fué su contrariedad al observar que «Hércules», terminada su hazaña, se metía la mano en el bolsillo del pantalón y sacaba un largo y apestoso cigarro, que encendió inmediatamente, aspirando con fruición el humo que despedía, como si con aquel gesto hubiese querido refutar, de una manera definitiva, el consejo que la mujer acababa de dar a su vástago.

— ¡Vámonos! — exclamó ella, presa de verdadera indignación. — ¡Todo esto es una paparrucha! ¡La herradura debía ser de plomo, porque sino, ese hombre no fumaría!

Y, furiosa, y tirando de la mano del pequeño, la irascible mujer desapareció de aquél lugar.

El director de la compañía había reanudado su peroración.

— Ahora, señores — continuó diciendo — el profesor Eco, que no es otro que este seguro y devoto servidor de ustedes, dará principio a sus ejercicios de ventriloquía.

Diciendo estas palabras, Eco cogió un muñeco que guardaba oculto tras una tarima y poniéndolo a su lado, preguntó :

— ¡Nemo! ¿Quieres que vayamos a casa a tomarnos una copita?

— ¡Una? — replicó el muñeco, con una voz gansosa que hizo estallar a toda la concurrencia en sonoras y estrepitosas carcajadas. — Una, no, muchas. ¡Vámonos volando!

Rió la concurrencia y Eco tomó de nuevo la palabra.

— Ahora, señoras y señores, voy a tener el honor de ofrecerles a ustedes un libro, que vale un dólar y se vende por la efímera cantidad de diez centavos. Contiene anécdotas, chascarrillos, adivinanzas y cuentos cortos, capaces de quitarle el spleen a un inglés hipocondríaco y de hacer reír a medio mundo.

Pocos ejemplares de su famoso libro vendió Eco, pero si su recaudación fué corta, en cambio el público empezó a despejar el lugar, al ver que al fin y al cabo, de lo que se trataba era de cobrar, de un modo u otro, aquél espectáculo original.

El ventrílocuo, dándose cuenta de ello, cesó en seguida su propaganda.

— Ahora verán ustedes bailar a la señorita Ro-

sita O'Grady, la muchacha más bella de ambos hemisferios.

Inició la muchacha los primeros pasos de una danza, y la gente, que había empezado a desfilar, optó por quedarse. En efecto, Rosita O'Grady era joven, bonita y bailaba con singular gracia.

— Esto que han visto ustedes — prosiguió Eco cuando Rosita hubo terminado su primer número — no es más que una muestra del incomparable arte de esta bellísima y privilegiada criatura, pero esperen ustedes, que dentro de pocos instantes van a ver lo que es canela. Se trata de un nuevo baile, mucho más original que el charlestón, y que es capaz de poner en peligro el equilibrio europeo.

Volvió Rosita a bailar, y lo hizo con tal maestría, que esta vez la gente se entusiasmó, y cuando fué ella quien pasó a ofrecer el libro de Eco a los concurrentes, muchos de éstos no pudieron menos que adquirirlo.

Eco, al ver que el negocio se animaba, se dispuso a poner en escena un nuevo número.

— Para terminar, señores, van ahora a ver al famoso Don Comino, único en el mundo : veinte pulgadas de estatura, veinte años de edad, veinte libras de peso. ¡Veinte minutos de original espectáculo! ¡La maravilla del siglo xx!

Era el tal Don Comino un enano auténtico, con una cara redonda e inexpresiva, de retardado físico, que no excluía una cierta antipatía.

Reía con una risa de imbécil y de degenerado, contemplando con fingido asombro a los que se habían detenido en aquel lugar, atraídos por los discursos de Eco.

— ¡Míralo! — exclamó una modistilla que acababa de salir del taller e iba del brazo con una compañera de labor. — ¡Parece una pulga vestida!

Don Comino, al oír aquellas palabras, no pudo contener su indignación. Fijó sus ojillos en la muchacha y, crispando sus labios con un gesto de ira, exclamó:

— ¡Imbéciles!

Un clamor de protesta general cayó sobre la troupe. La multitud avanzó llena de indignación y, a no mediar « Hércules » con sus puños de acero, mal lo pasa aquella noche Don Comino y demás compañeros mártires.

Cuando quedó despejado el campo de batalla, en el que no hubo ni vencedores ni vencidos, porque la policía se encargó de separar a los dos bandos, sobre el suelo quedaron paraguas, bastones, sombreros y otros objetos, amén de multitud de hortalizas que habían servido de proyectiles en aquel descomunal combate, como muestra de la lucha que allí se había desarrollado...

XXVII



Dispuestos en grupo, hallábanse los principales artistas de la Compañía



que se habían quedado solos en el carro ambulante, ya que sus padres se habían ido a la casa de los abuelos. La muchacha se sentó en el asiento delantero y miró hacia el exterior, viendo que el carro avanzaba por la carretera.

II

Ya lejos de allí, refugiados en el carro ambulante, habían quedado solos Eco y Rosita O'Grady.

— ¿Cómo ha ido la cosecha de hoy? — preguntó Eco a la muchacha.

Y, al decir estas palabras, sonreía cínicamente.

Rosita echó mano a su monedero, y de él empezaron a surgir, como por encanto, relojes, cadenas, monederos, carteras y otros muchos objetos de relativo valor.

— No has perdido el tiempo, pequeña — dijo Eco. — Te felicito. En realidad, no exageraba yo al afirmar que vales lo que pesas. ¡Cómo se iban a figurar aquellos imbéciles que una chica tan guapa y que baila tan bien, les iba a ir desvalijando, mientras pasaba a ofrecer el librito, de todos los objetos que llevaban cuidadosamente guardados en los bolsillos interiores!

El rostro de Rosita se ensombreció al oír aquellas palabras.

— ¡Vaya! — continuó diciendo Eco. — ¡Este acontecimiento se ha de celebrar para hacernos pasar el mal sabor de boca que nos ha dejado el exabrupto de Don Comino y sus lamentables consecuencias! ¡Te convido a cenar!

La muchacha hizo con la cabeza un gesto negativo.

— No, Eco — le dijo, al tiempo que bajaba la vista. — Me daría vergüenza...

— Tienes razón, Rosita. Los bienes mal adquiridos a nadie han enriquecido, dice un refrán. Pero ¿qué remedio nos queda a nosotros, sino vivir como lo hemos hecho hasta ahora?

Pero aunque Eco hiciese aquella afirmación, lo cierto es que su deseo era abandonar la vida nómada del circo por otra más sosegada, aunque infinitamente más peligrosa.

Así lo comunicó a Regán, su compañero, y a Don Comino, aquella misma noche.

— Compañeros — dijo, con el mismo tono que si hubiese estado pronunciando ante el público uno de sus famosos discursos. — Tiempo hace que busco una solución al problema azaroso de nuestra vida, y creo haberlo hallado definitivamente. Como cuenta con vuestra cooperación y apoyo, os lo voy a exponer para que juzguéis y veáis si no se trata, sencillamente, de una cosa genial.

Bajó la voz y habló breves palabras, que no parecieron convencer a los dos hombres,

— ¡Parece mentira! — exclamó Eco dirigiéndose a Regán, un muchacho alto y fornido como él. — Mi plan es tan sencillo, tan fácil, que por eso mismo no te inspira confianza y temes el fracaso.

Regán inició un vago gesto de scepticismo.

— En cambio — siguió diciendo Eco — si me ayudáis, os respondo de que los tres ganaremos el dinero que nos dé la gana.

— ¡Pero si eso parece cosa de brujería! — interrumpió Don Comino, que hasta entonces había permanecido en silencio. — ¡Eso es algo fantástico!

— ¡Precisamente! — exclamó Eco como si las palabras del enano hubiesen iluminado súbitamente tenebrosos pensamientos.

Y, dando un golpe sobre su rodilla, gritó :

— ¡Eso mismo! ¡Seremos... EL TRÍO FANTÁSTICO!

Poco tiempo después, en una de las calles más céntricas de Nueva York, abriérase una pajolería cuya dueña era una anciana de blancos cabellos, a quien llamaba todo el mundo la señora O'Grady, al frente de cuyo establecimiento estaba empleado un muchacho llamado Héctor Macdonald, alma de cántaro, bueno y sencillo, e incapaz de dudar de nada ni de nadie, como no le presentasen pruebas irrefutables y fehacientes.

La noche de Navidad, Rosita O'Grady se presentó en la pajarería y, dirigiéndose al mostrador, saludó a Héctor.

— Buenas noches, señor Macdonald — exclamó con su voz alegre y fresca. — ¿Cómo sigue el insigne vendedor de loros de mi querida abuelita?

Aun no había terminado de pronunciar estas palabras, cuando la puerta que comunicaba con la trastienda se abrió y la señora O'Grady, con paso lento y tembloroso, apareció en el umbral.

— Buenas noches, Rosita... — dijo. Y luego, como reprochando a la joven sus bromas para con el dependiente, añadió : — No deje usted que Rosita le tome el pelo, Héctor. Es una muchacha que siempre está de buen humor y toma por blanco de sus pullas a cuanta gente se le presenta por delante.

Rosita y su abuela se internaron en la trastienda. Sobre una cuna de mimbre, Don Comino, vestido con pañales, lloriqueaba a las mil maravillas.

— Guillermito — exclamó la vieja — quiere que lo saquen a paseo.

Don Comino saltó de la cuna con un ágil movimiento, y, remangándose los pañales, sacó un habano del bolsillo y lo encendió con aire de solemnidad.

La señora O'Grady cerró cuidadosamente la puerta y, quitándose la peluca que le cubría la cabeza, dejó al descubierto el rostro del ventrílocuo Eco.

— Oye, Rosita — dijo dirigiéndose a la muchacha. — Tú estás enamoriscada de ese mamarracho.

— ¿De quién? — preguntó ella. — ¿Del pobre Héctor? ¡Es más bueno que el pan y no le volveré a molestar más con mis bromas.

— Pero tú lequieres. A mí eso no me lo niegues, porque sino...

Rosita O'Grady se echó a reír.

— ¿Acaso no puedo yo enamorarme de quien me venga en gana?

Un personaje contemplaba la escena con impasibilidad e indiferencia absolutas, y éste era Regán, el compañero del ventrílocuo Eco.

— ¡Como llegues a decirle a ése quiénes somos nosotros — dijo Eco — te mato!

Y señalaba la puerta tras de la cual debía estar Macdonald atendiendo a la clientela.

La joven estalló en otra carcajada.

— ¡Ay, qué miedo! — exclamó burlonamente. Eco tendió sus puños contra ella, amenazador, y lo propio hizo Regán, mientras Don Comino, a pesar de su pequeñez, estallaba en un torrente de amenazas e injurias.

— Si siguen ustedes armando este escándalo — dijo entonces Rosita sin perder su calma — no hará falta que yo hable, porque se enterará todo el mundo.

— Tienes razón — interrumpió Eco. — Esta cuenta ya la liquidaremos con calma. Ahora, callemos, que me parece que acaba de entrar una señora en la tienda, y va a ser cuestión de atenderla como se merece.



El ventrilocuo no se había equivocado. Momentos más tarde, Héctor Macdonald llamaba a la puerta, diciendo:

— Señora O'Grady: ¿quiere hacer el favor de salir?
— Voy en seguida — replicó el ventrílocuo.

Era una señora, de edad ya algo avanzada y un poco ridícula, la que deseaba ver los charlatanes animalitos.

Los loros que vendía la señora O'Grady tenían un grave inconveniente: no hablaban como no fuese en su presencia. Eso sí: en cuanto le veían, su elo- cuencia no conocía límites. ¡Como que el astuto ventrílocuo se encargaba de imitar su voz a las más maravillas!



— ¡Nemo! ¿Quieres que vayamos a casa a tomarnos una copa?

Aquí, al redactor de los títulos que aparecen en la pantalla se le ocurrió hacer gala de sus dotes poéticas y exclamó, con acento admirativo :

*Si hace el ventrílocuo Eco
hablar a un simple muñeco
con elocuente decoro :
¿de qué no será capaz
cuando se trata de un loro?*

— De cualquier cosa — contestamos nosotros, que somos fieles adaptadores de lo que vemos en el albo lienzo de la sala de pruebas.

Salió, pues, a la tienda la supuesta señora O'Grady, y apenas estuvo allí, todos los loritos empezaron a dar las correspondientes muestras de locuacidad, saludando a la compradora con frases afectuosas :

— ¡Buenas noches, hermosa señora!
— ¡Buenas noches, noble dama!
— ¡Buenas noches, bella señora!

Y la compradora, halagada, no pudo menos que pensar :

— ¡Qué loros tan amables y qué señora tan simpática!

Total : que sin discusión compró un loro, pagándole el precio que la falsa señora O'Grady le pidió, y sólo porque, hablando por boca del ventrílocuo (no siempre ha de ser de ganso) le dijo cuatro palabras halagadoras.

— Es realmente asombroso el modo como hablan los loros en cuanto ven a su señora abuela, Rosita — dijo el cándido Macdonald a la joven que, a su vez había salido de la trastienda.

En aquel momento entró en la tienda un repartidor de periódicos, dejando el ejemplar correspondiente de un rotativo vespertino al que estaba suscrita la supuesta señora O'Grady. Héctor lo cogió distraídamente y, apenas hubo recorrido las primeras líneas, exclamó, lleno de sorpresa :

— ¡Mire usted, señorita! ¡Han cometido un robo en la casa adonde anoche mandamos un loro!

No lo ignoraba la muchacha, sino que incluso le constaba quiénes eran los autores, pero, por supuesto, no dijo ni una sola palabra de comentario.

Iba leyendo, afectando distracción e indiferencia, los pormenores del suceso, cuando sonó el timbre del teléfono.

Héctor, solícito, se levantó de su asiento y corrió hacia el aparato.

— ¿Es casa de la señora O'Grady? — preguntó una voz femenina.

— Sí, señorita.

— Aquí es casa del señor Arlington.

— ¡Ah, bien! ¿Qué se les ofrece?

— ¡El loro! ¡El loro que nos vendieron ustedes ayer, que no sabe decir una palabra!

— ¿Quiere usted aguardar un momento, señorita?

Macdonald dejó descolgado el auricular del teléfono, con el fin de que la encargada del cuadro no cortase la comunicación y llamó a la puerta de la señora O'Grady.

Esta no tardó en salir.

— ¿Qué ocurre? — preguntó.

— Llaman de casa del señor Arlington.

— ¿Qué quieren?

— ¿Qué quiere usted que digan, señora? Lo que dicen todos los clientes. ¡Otro loro que no sabe decir este pico es mío!

— Voy en seguida.

La señora O'Grady cogió el auricular.

— ¿Es casa del señor Arlington, verdad?... — preguntó. — Sí, señorita... Soy la señora O'Grady... Para servirle... ¿Qué dice que le ocurre al animalito?... ¿Que no habla? ¡Pobre bestia! Debe estar asustado todavía, al hallarse en una casa que no conoce y ante gente que no le es familiar... Pero eso no tiene importancia... Hágame el favor de decirle que mañana mismo iré allí... Verá como así que se encuentre en mi presencia, perderá el miedo y empezará a charlar por los codos... ¿Molestia? ¡Oh! Ninguna, al contrario, mucho gusto en serles útil... Mis saludos a la señora de Arlington...

Y la falsa vieja colgó el auricular, sonriendo con visible malicia.

Cruzó la puerta de la trastienda, que cerró cuidadosamente y, una vez se convenció de que no había

oídos indiscretos que escuchasen, dijo, dirigiéndose a Don Comino, que seguía fumando con la mayor seriedad su cigarrillo:

— Guillermito: prepárate para mañana, que te llevaré de paseo... Iremos a hacer una visita que nos puede ser muy útil a todos... Pero, antes de salir, lávate bien la boca con perborato, que hueles a tabaco que apestan y ello será causa, como no tengas cuidado, de que un día nos llevemos un disgusto muyúsculo.

Don Comino, al escuchar aquellas palabras sonrió con su sonrisa de cínico imbécil, mientras en los ojos de Eco brillaba una llama de triunfo y de concupiscencia...



...y sin duda alguna que el que se acuerde de esto, no podrá olvidarla ni pronto ni tarde. De modo que, al verla, se le quedará la boca seca y se le llenará de saliva, y no podrá ya pensar en otra cosa que no sea en besarla. Y si lo hace, no habrá de arrepentirse, porque la saliva que él le dé, no es más que la que él mismo ha tragado, y no la que él ha tragado de otra persona.

IV. Importante visita al Dr. O'Grady

A la mañana siguiente, la supuesta señora O'Grady salía de la tienda de pájaros empujando un cochecito con cuatro ruedas, dentro del cual, acomodado en su cunita, reposaba el falso Guillermito, a quien hemos conocido en el principio de esta narración bajo el sugestivo nombre de Don Comino.

— ¿Está eso muy lejos? — preguntó el enano.

— A un cuarto de hora, aproximadamente — dijo Eco. — Pero no hables tan fuerte, que a lo mejor se da cuenta alguien de nuestra superchería y nos cuesta un serio disgusto.

— Tienes razón. Este negocio nuestro, por productivo que sea, tiene sus inconvenientes. ¡Mira que yo, a mis años, tenerme que estar aquí chupando un diente de bacalao, con lo a gusto que me sentaría ahora en la terraza de un bar a tomar un whisky, seguido de su correspondiente habano con faja...

Pero, en fin, el deber es el deber y los negocios los negocios. A lo mejor en casa del Arlington ese se halla algo de provecho, y no es cosa de desperdiciar las ocasiones.

Eco, con marcha aparentemente trabajosa, siguió empujando el carrito. De tanto en tanto se detenía, simulando cansancio. Por fin, tras una marcha de veinte minutos, los dos compinches llegaron a casa del señor Arlington. Era un edificio magnífico, de seis pisos, situado en una de las principales avenidas de la ciudad neoyorquina.

Detívose la falsa señora O'Grady ante la puerta, y, suavemente, oprimió el botón del timbre eléctrico, colocado en uno de los rincones del umbral.

No tardó en aparecer un criado con librea.

— ¿Qué deseaba usted, señora? — preguntó.

— ¿Es aquí el palacio del señor Arlington?

— Aquí es, en efecto.

— ¿Está el señor Arlington aquí, en este momento?

— A quién debo anunciar?

Hágame el favor de decirle que está aquí la señora O'Grady, la dueña de la pajarería donde compró el loro el otro día.

— ¡Ah! — exclamó entonces el criado, que sin duda estaba al corriente de lo ocurrido con el pajarraco. — ¿Usted es la que vendió a Don Juan aquel loro que no contesta ni aunque le dirijan los peores insultos?



Don Comino lloriqueaba a las mil maravillas

Al oír aquellas palabras, la falsa vieja sonrió con acento bondadoso.

— En efecto... Soy yo... Pobre animalito... Sin duda está asustado, porque cuando yo lo tenía en casa, charlaba por los codos hasta darnos jaqueca a todos... Pero como estos pájaros son tan sensibles... En cuanto se hallan en un ambiente extraño, enmudecen como por encanto, hasta que se acostumbran a conocer a sus dueños, y entonces recuperan el don de la palabra... No dude usted que, en cuanto me vea, se va a poner a charlar como un desesperado.

— Avisaré al señor Arlington, entonces. Pase usted aquí al patio, donde podrá sentarse y tener al niño al abrigo de la intemperie.

Así lo hizo la vieja, y el criado, subiendo precipitadamente por la escalera de servicio, fué a avisar al dueño.

Este estaba en aquel momento despachando su correspondencia comercial con uno de los secretarios de su casa.

— ¿Qué hay? — preguntó el señor Arlington.

— Don Juan, está ahí aquella señora vieja que le vendió a usted el loro.

— ¡Aquella mala bruja, querrás decir! — replicó, con visible mal humor, el dueño de la casa. — ¡Un loro que no habla! ¿Para qué quiero yo a ese animalucho antiestético, si permanece callado? ¿Para adorno de una rinconera?

El criado, de pie, aguardaba las órdenes de su señor.

— Bueno — dijo éste, tras breves momentos de vacilación. — Dile que pase. Pero me parece que no me podré contener y le diré cuatro frescas al adefesio ese de vieja, aun cuando no merezca la pena la cosa.

Mas Arlington, cuando vió ante él a la vieja que, humilde y ceremoniosa, le saludaba, sintió su cólera batir en retirada.

— Buenos días, señor Arlington... — murmuró ella. — ¿Se encuentra usted bien?

— Muy bien, muchas gracias, señora.

Y, como arrepintiéndose de no emplear en seguida el ataque a fondo, Juan Arlington añadió:

— Quien no se encuentra muy bien es el loro.

La vieja juntó sus manos con aire de sorpresa.

— ¡Cómo! — exclamó. — ¿Está enfermo el pobre animalito?

— ¿Enfermo? Yo creo que sí, que ese avechucho tiene algo, porque no habla...

— ¡Ah! — murmuró entonces la señora O'Grady.

— Si sólo le ocurre eso, no se asuste usted, que no será nada...

— ¿Le parece a usted poco?

— No es el primer caso qué me ocurre.

— Pues entonces ¡podía usted haberme avisado!

— El animalito no tardará en hablar — afirmó, con tono solemne, la señora O'Grady. — Lo que ocurre es, sencillamente, que los loros, cuando se encuentran ante gente desconocida, se asustan y no hablan. Estoy segura de que, en cuanto me vea, se pone a hablar.

— ¿Y cada vez que queramos oír su argentina voz al dichoso pajarito, la tendremos que llamar a usted?

— ¡Oh! No, señor. Sólo es cuestión de que pasen unos días, y se acostumbre a conocerles... Precisamente, el que usted se llevó, es muy hablador.

— Así por lo menos me lo afirmó usted, y con arreglo a esa afirmación, me lo hizo pagar bastante caro.

— ¿Caro? Le aseguro que si voy a contar, perdí dinero encima... No es muy remunerador nuestro negocio, señor Arlington. El gasto es muy crecido, cuesta meses enseñarlos, consumen mucho maíz, y no abundan los compradores...

— Bueno, bueno, todos los comerciantes dicen lo mismo : que no se ganan la vida... Pero cada día se abren tiendas nuevas y con mayor lujo... En fin, vamos a ver al animalito de marras.

— ¿Dónde lo tiene usted?

— En una galería que da al jardín. En la planta baja.

Ambos personajes se dirigieron al patio.

— ¿Tendría usted inconveniente en que entrara con el cochecito del niño? — preguntó la señora O'Grady.— Me sabe mal dejarlo solo, pobre angelito...

— ¡No faltaba más!

Penetraron en un salón, pasado el cual se hallaba la galería donde el señor Arlington tenía el loro.

— Tal vez será mejor que deje al nene aquí en el salón.

— Como usted guste, señora.

— Lo prefiero así, porque a lo mejor, es capaz de ponerse a llorar cuando vea al lorito... No sé qué le ocurre, pero le asustan esos pájaros...

Dejó a Guillermito en el salón la señora O'Grady y fué en busca del loro, pensando que no había de tardar, en cuanto la viera, en estallar en gangosas exclamaciones...



que al bajar de las sierras sopla sus bocinas
chisporroteos jironcitos que arrancan
A veces si quiera entre risitas y la emboscada
y aludidos que en su modo de combate
trajeron Don Cimino para que le dieran la
batalla, sin embargo de los secretos
que en su grupo de amigos
También es el caso de personas de mediana edad
de impotes de paisaje, por lo visto más dura
que gestos.
Por ejemplo si el señor Gruber a veces sus
rostros

V

En cuanto Guillermito se hubo quedado solo, aprovechando aquella oportunidad que se le presentaba de inspeccionar el salón, empezó a mirar de un lado para otro.

Pero, de pronto, quedóse de nuevo inmóvil. Un hombre de unos treinta años, probablemente empleado del señor Arlington, acababa de entrar en el salón y, sacando un manojo de llaves del bolsillo, empezaba a abrir una lujosa y enorme caja de caudales...

Los ojos del enano brillaron como una llama de concupiscencia.

¿Qué habría dentro de la caja? A lo mejor, allí podía estar encerrada una cuantiosa fortuna...

— Será cuestión de ponerse en carácter — pensó.



... el interior de la tienda. — ¡Hector! — gritó O'Grady, al ver al otro hombre en la puerta. — Tú no eres más que un ladrón — exclamó Rosita. — No te lo pases tan bien — replicó el otro. — Dijo que se iba a despedirse, si se quedaba más tiempo — respondió Eco. — Tú no te acuerdas de mi — replicó el otro. — Tú no te acuerdas de mí — replicó el otro. — Tú no te acuerdas de mí — replicó el otro.

VI

Era Nochebuena. La señora O'Grady acababa de cerrar la tienda cuando Rosita O'Grady, cargada con una porción de paquetes que contenían dulces, fiambres, latas de conservas y otras virtuallas con que celebrar debidamente la festividad, llegó al establecimiento internándose en la trastienda, donde se hallaban Eco, Regán y Don Comino.

— ¡Chsst! — les dijo. — Ahí viene Héctor Macdonald, con un árbol de Navidad que ha comprado para Guillermito.

Al oír aquellas palabras, el ventrílocuo frunció el ceño.

— ¿No te dije que no quería que tuvieses tratos ni contratos con el tal Héctor? — dijo.

Rosita se encogió de espaldas.

— Pero hombre — replicó. — ¡No seas injusto! — ¿Qué culpa tengo yo de haberme encontrado en la esquina con Héctor cuando él venía hacia aquí?



— ¿No te dije que no quería que tuvieses tratos ni contratos con el tal Héctor? — interrogó Eco.

Aquella explicación pareció convencer un poco al ventrílocuo.

— Bien — le dijo. — Vé a abrirle, pero vuelve en seguida, y esperáme en la cocina.

Hizolo así la muchacha y Héctor penetró en la tienda.

— ¡Ya verá usted qué sorpresa le damos al nene cuando se despierte, mañana por la mañana!

En aquel momento, Eco, que estaba ya caracterizado en forma para recuperar su habitual aspecto de señora O'Grady, salió de la trastienda.

— Buenas noches, Héctor — le dijo.

— Buenas noches... ¿Todavía está usted levantada? — respondió Héctor, que aquella noche tenía un interés extraordinario en quedarse solo con la muchacha. — Acuéstate, señora, acuéstate, que Rosita y yo arreglaremos el árbol en un momento.

Eco hizo una seña a la muchacha para que le siguiera, y ésta, seguidamente, cruzó la puerta de la trastienda, que cerró cuidadosamente, mientras Héctor comenzaba febrilmente los preparativos.

Apenas estuvieron solos, el ventrílocuo hizo un gesto de contrariedad.

— ¡Haz que se vaya en seguida! — exclamó. — ¡Valiente majadero es el tal Héctor! Esta noche vamos a dar el golpe en casa de Arlington y nos va a estorbar toda la combinación con sus árboles y sus romances.

— Pero, Eco... ¿Qué quieres que haga yo?

— Darle menos conversación y no tener con él tanta franqueza como tienes...

— ¡Si apenas le hablo, Eco!

— Bueno. Ves a ver si consigues que se largue con viento fresco lo más pronto posible, que no queremos estorbos.

Volvió Rosita a salir a la trastienda, donde el bueno de Héctor seguía con sus preparativos, sudando la gota gorda a pesar de lo cruda que era la temperatura.

— No he visto persona más testaruda que mi

abuela — dijo la muchacha, intentando con ello justificar los minutos que había permanecido dejando solo a Macdonald. — Ahí la tiene usted ahora empeñada en no irse a la cama.

Aquella noticia no fué del agrado de Héctor, que ya estaba prometiéndose una Nochebuena de intimidad con Rosita, de la que estaba enamorado como un colegial. Sin embargo, sonrió forzadamente y contestó :

— Tal vez quiera ayudarnos a arreglar el árbol.

— ¡Sí! — replicó Rosita, que estaba extraordinariamente disgustada por las intemperancias de Eco. — Ella es muy amiga, como muchas personas de edad, de meterse en todo.

— Hay que disculparla... — volvió a decir Héctor.

— Sí, es claro...

Y Rosita, dispuesta a no preocuparse ya más de cuanto hiciera o dijera el ventrílocuo, se puso a ayudar a Héctor en su tarea.

Pero, para acabar de fijar bien el árbol, faltaban unos cordeles. Fué ella a buscarlos a su habitación, y, en el mismo momento en que dejaba solo a Macdonald, Eco, disfrazado como iba siempre por la tienda, hizo de nuevo su aparición.

Héctor, al verla, se acercó y, con aire confidencial, dijo :

— ¿Sabe usted, señora O'Grady, que esta noche pienso declararme a Rosita?

Al oír aquella noticia, Eco enrojeció de ira, pero

tan entusiasmado estaba el dependiente de la pajarería con sus planes, que no se dió cuenta de ello.

— Esto se lo digo a usted, señora, confidencialmente, como es natural...

En los segundos que necesitó Héctor para pronunciar estas palabras, Eco tuvo tiempo de recobrar su serenidad.

— ¿Ah, sí? — contestó, como quien no da mucho crédito a una afirmación.

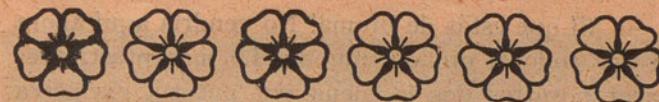
— ¡Sí señora! Pero para casarnos en seguida, ¿sabe? Nada de hacerle perder tiempo... ¡Si acepta, mañana mismo le regalo el anillo de compromiso!

Y, echándose mano al bolsillo, añadió :

— Mire usted, lo acabo de comprar... Eco, al oír aquella noticia, terrible para él, tomó rápidamente su resolución.

Se quedaría allí toda la noche, pasara lo que pasara, y renunciaría al siniestro plan tramado del robo en casa de Arlington.

— Si no les estorbo — dijo a Héctor — me quedaré aquí con ustedes un rato, porque no tengo sueño... Además, ¡es tan triste acostarse temprano en Nochebuena!



VII

Dejemos a Héctor, contrariadísimo por la presencia de la señora O'Grady; a Rosita, no muy satisfecha tampoco por la misma razón, y a Eco, que necesitaba toda su voluntad y su energía para dominar sus crispados nervios, y penetremos en la trastienda, donde Regán y Don Comino discutían.

El enano llevaba la voz cantante.

— Eco es más celoso que un turco y no dejará sola a la chica con ese bobalicón de Macdonald por nada del mundo. Por consiguiente, no hay que contar con él.

— Entonces...

— Entonces quiere decir que hay que renunciar al golpe, si es que de Eco nos fiamos.

— Llamémosle.

— ¡Sí que estás de broma! No vendría aquí ahora ni por todo el oro del mundo. Lo más práctico es hacer nosotros dos la faena por nuestra exclusiva cuenta, y asunto concluído.

Regán parecía vacilar. Tenía una fe ciega en Eco y sin él, se sentía incapaz de hacer nada.

— Es que... Eco... — murmuró, sin saber casi lo que decía.

El enano le contempló con aire desafiador.

— ¿Eco, qué? ¿Qué importa Eco en esta cuestión, si él mismo se desentiende de nuestros asuntos?

— Sí, pero... Verás...

Ante la pasividad y la apatía de Regán, Don Comino sintió invadir su espíritu por un violento sentimiento de indignación.

— ¡Verás, verás! — exclamó. — ¡Sí, sí! Ya lo veo... Ya lo veo todo... ¡Tú no te atreves a hacer nada sin Eco, pero no es por consideración ni por respeto, sino porque eres un cobarde! ¡No te da vergüenza con ese corpachón de búfalo en libertad que tienes?

Regán enrojeció de ira.

— Mira, no me hables así porque...

— ¿Por qué no te he de hablar así? ¿Acaso no es verdad? ¡Eres un gallina! ¡Con una oportunidad como la que se nos presenta esta noche, en que tenemos un magnífico botín a la vista, y un socio menos con que partir! Ese collar vale quince o veinte mil dólares. ¿Cuándo se nos presentará otra ocasión como esa?



— ¿Os habéis dado cuenta de que habéis muerto a un hombre?

— ¡Os habéis dado cuenta de que habéis muerto a un hombre?

— ¡Y tú te atreverías?... — insinuó, por fin, Regán.

Don Comino se puso de puntitas sobre sus diminutos pies y, agarrando por un brazo a Regán, le dijo :

— ¡Que si me atrevo? ¡Ven conmigo, y verás que si me falta estatura, me sobra arrojo y habilidad! ¡Vámonos de prisa, que se hace tarde!

Y mientras Eco, disfrazado de vieja, hacía ver que bostezaba en la tienda, para no dejar de la vista a Rosita y a Macdonald, Regán y el enano abandonaron sigilosamente la pajarería y se dirigieron a casa de

Arlington que dormía confiadamente, sin sospechar la terrible tragedia que se cernía sobre él.

* * *

En las primeras páginas de los grandes rotativos matutinos que aparecieron al día siguiente en Nueva York, campeaba, al lado de la indispensable nota pintoresca de la fiesta de Nochebuena, la noticia, escrita en grandes titulares, de un suceso sensacional acaecido hacia pocas horas y en las calles, en las plazas, en los cafés, el público se disputaba los ejemplares, ávido de saborear, con todo lujo y prolijidad de detalles, la narración del misterioso y horrendo crimen.

Eco se había levantado temprano y, como hacía cada mañana, hojeó el periódico que le había traído el repartidor.

Un sobresalto terrible hizo estremecer su cuerpo al leer la noticia, que representaba para él un ansioso interrogante.

— ¿Qué es esto? — clamó, mostrando a Regán y a Don Comino la hoja recién impresa.

Cogióla el enano y, fríamente, cínicamente, sin la menor emoción, leyó en voz alta :

«ASESINAN A JUAN ARLINGTON EN SU PROPIA CASA A FIN DE ROBAR SUS VALIOSOS RUBÍES. LOS ASESINOS DESAPARECEN SIN DEJAR RASTRO. DILIGENCIAS JU-

DICIALES. EL CRIMEN APARECE, POR AHORA, ENVUELTO EN EL MAYOR MISTERIO.»

Regán permaneció mudo.

— ¿Qué ha ocurrido? — volvió a interrogar Eco. Don Comino tomó la palabra.

— ¡Qué habrá de ocurrir! — exclamó. — Que como tú das más importancia a tus devaneos amorosos que a los negocios del Trío FANTÁSTICO, nos decidimos a obrar por nuestra propia cuenta.

— ¡Eso mismo! — añadió Regán.

— Y cuando estuvimos en la casa — añadió el infame enano — Arlington nos descubrió, pero nosotros nos arrojamos sobre él y le dimos pasaporte para el otro mundo, porque sino, estábamos irremisiblemente perdidos.

Eco se puso en pie de un salto.

— ¡Miserable piltrafa! — gritó cogiendo a Don Comino por el brazo.

Y luego, encarándose con los dos criminales, añadió :

— ¡Os habéis dado cuenta de que habéis muerto a un hombre?

Don Comino se encogió de hombros.

— ¡Precisamente — siguió diciendo el ventrílocuo — para evitar eso os prohibí que llevárais armas!

Regán, dándose cuenta del peso de su culpa apenas hablaba. El único que conservaba cínica locuacidad era Don Comino.

— Si es que tienes escrúpulo en recibir tu parte — dijo al cabo de un rato dirigiéndose a Eco — no te preocupes. Nos repartiremos el botín Regán y yo, y todos tan campantes.

— Lo que haréis — replicó vivamente el jefe del TRÍO FANTÁSTICO — será guardarlos en la caja de caudales, junto con todo lo demás, y andar con mucho cuidado, porque no sé por qué me temo que este asunto nos va a dar un disgusto muy grande.

— No te preocupes, Eco — dijo el enano, con ánimo de tranquilizar a su compañero. — No ha llegado todavía para nosotros el momento de sentarnos en la silla eléctrica.

Y volvió a reír, con aquella sonrisa, medio de imbécil, medio de cínico, que le caracterizaba.



VIII

Durante toda la noche y buena parte de la mañana, el juzgado había estado trabajando con ánimo de aclarar el misterioso crimen ocurrido en casa de Arlington y cuyo móvil era, a las claras, apoderarse de los famosos rubíes, que habían desaparecido de la caja de caudales, que se hallaba abierta violentamente.

Los oficiales de instrucción judicial procedieron al interrogatorio de los criados, todos los cuales coincidían en afirmar que la persona o personas que habían dado el audaz golpe, habían de conocer muy bien la casa.

Pero, aparte este detalle, nadie supo concretar cargo alguno contra nadie.

— ¿Había alguna otra persona que supiese que los rubíes estaban aquí? — preguntó el juez de instrucción.

— No, señor juez.

De pronto, el empleado que había guardado los rubíes se dió una palmada en la frente.

— Es decir, sí — exclamó. — Una vieja, dueña de una pajarería, que estuvo aquí con un nietecillo suyo de pañales, los vió. Pero no creo...

— ¿Qué vino a hacer aquí esa vieja?

— Ya le explicaré. El señor Arlington, que en paz descansase, le había comprado un loro muy parlanchín, pero que en cuanto estuvo aquí enmudeció como por encanto. Indignado, telefoneamos a la vendedora, que vino aquí, diciendo que el animalito debía estar asustado al verse entre gente nueva, y así debía ser, en efecto, porque en cuanto la vió a ella, rompió a charlar como un descosido.

— Tiene usted la dirección de esa señora?

— Sí, señor juez. Aquí está.

Bien — contestó el representante de la ley. Interrogaremos a esa señora O'Grady. A veces, el menor detalle pone sobre la pista a la justicia...

Pocos minutos más tarde, el juez, junto con los criminalistas, tomaba un auto y se dirigía a la pajarería.

Eco, Regán y Don Comino se disponían a salir, cuando, a través de la puerta oyeron una voz que preguntaba :

— ¿La señora O'Grady está aquí?

— Sí, señor — contestó Héctor Macdonald. Voy a avisarla. ¿A quién debo anunciar?

— Dígale que está aquí el juzgado, que debe sintonizar una importante diligencia.

«EL TRÍO FANTÁSTICO» había oído las palabras del juez.

— ¡Preparémonos! — dijo Eco. — Ya dije que esto acabaría mal, por vuestra culpa.

En breves instantes, Eco quedó transformado en la señora O'Grady y Don Comino en Guillermito. Era tiempo. Héctor llamaba a la puerta, diciendo :

— Señora O'Grady : haga el favor de salir, que la están esperando :

El juez quedó un poco desarmado ante el aspecto, casi venerable, que presentaba la supuesta vieja.

— Perdone usted, señora — dijo inclinándose reverenciosamente — que venga a molestarle, pero se trata de una diligencia de justicia y es interés de todos aclarar lo que ha ocurrido con ese crimen horrible de anoche...

— ¡Ah, sí! — repuso la señora O'Grady. — ¿Se refiere usted al pobre señor Arlington, que en paz descansase? No me hable usted, que no me puedo quitar de mi pensamiento este horrendo suceso... Un caballero como él... A mí, la noticia me ha causado una impresión terrible.

— ¿Sí? — dijo el juez con escepticismo.

— Sí, señor juez. Figúrese que el difunto era uno de mis mejores clientes.

— ¿Le había vendido usted un loro, no es esto?

— Sí, señor. Pero pase, pase, que podrá usted

descansar y hacer cuantas preguntas tenga por conveniente con mayor comodidad.

Entró el juez en la trastienda y se sentó sobre una butaca que le indicó la señora O'Grady.

— Usted, señora, estuvo ayer en casa del señor Arlington, ¿no es cierto?

— Ciertísimo, señor juez.

— ¿Vió usted en la casa a alguna persona extraña?

— Sólo a un caballero que parecía ser un secretario o empleado suyo.

— ¿Tenía trazas el hombre que vió usted en casa del señor Arlington de ser capaz de cometer semejante crimen?

La señora O'Grady hizo un movimiento de cabeza negativo.

— Le he hecho esta pregunta porque, a veces, un detalle al parecer insignificante, le pone a uno sobre la pista.

Diciendo estas palabras, el juez había cogido distraídamente del suelo un elefante de celuloide con el que estaba jugando Don Comino.

Este, al ver que le cogían el juguete, empezó a llorar a grito pelado.

— ¡Mi elefante! ¡Mi elefante!

Iba el juez a devolvérselo, cuando notó, no sin cierta sorpresa, que dentro del elefante debía haber algo, porque hacía ruido.

Regán se dió cuenta del peligro que corrían, porque allí, precisamente, estaba encerrado el collar.



217-67

“El Trío Fantástico” habla oído las palabras del juez

De un salto le quitó el elefante, devolviéndoselo al niño, que calló inmediatamente.

El juez, absorto, contemplaba a Regán, que se apresuró a justificar su gesto.

— No puedo soportar que hagan llorar a un angelito — exclamó.

El «angelito» en cuestión, entretanto, abría un resorte que contenía el elefante y sacaba un bombón de chocolate, que llevó glotonamente a la boca. Era una artimaña que había inventado Don Comino para justificar el ruido que se oía dentro del juguete de celuloide.

— ¡Ah! — exclamó el juez. — ¡Ahora comprendo el interés del nene en que no le quitaran el juguete!

— Es un diablillo — dijo entonces la señora O'Grady con tono de benevolencia — pero no me gusta contrariarle nunca porque está delicadito.

— Bien, bien — contestó el juez, a quien el bombón del supuesto Guillermito había hecho desvanecer las sospechas que concibiera en un principio. — Como no tengo nada más que preguntarle, voy a retirarme con su permiso.

— Como usted guste, señor juez.

Saludó el representante de la justicia y salió de la trastienda, pero, al pasar por delante del mostrador en donde Héctor Macdonald estaba esperando que llegase algún cliente al que poder servir, le preguntó :

— Usted le vendió el loro al señor Arlington, ¿no es eso?

— Sí, señor juez — repuso Héctor.

— ¿Quién fué a llevárselo?

— Yo.

— ¿De manera que usted estuvo en su casa?

— Sí señor.

El juez frunció el ceño.

— Mala memoria tiene usted cuando hace un momento no se acordaba. ¡Ya nos veremos!

Y, creyendo hallarse en posesión de un indicio, salió presuroso de la pajarería.



IX

Cuando el juez hubo salido, un suspiro de satisfacción, como quien se ha quitado un enorme peso de encima, salió de los labios de los componentes del TRÍO FANTÁSTICO.

— Si nos descuidamos, estábamos irremisiblemente perdidos! — dijo Regán. — Suerte que Don Comino y yo estuvimos al quite.

— Este pajarraco — observó Eco — sospecha de nosotros y hay que ganarle la mano.

— Sí — dijo Don Comino. — Por lo que he oído hace un momento, cree qte Héctor es el ladrón, porque éste le ha confesado que, efectivamente, fué él quien llevó el loro a casa del señor Arlington.

— Tengo una idea — dijo Regán.

— ¿Cuál?

— Poner el collar en el cuarto de Macdonald. Con ello quedaremos a cubierto de toda sospecha.

— ¡Eso mismo! — dijo palmoteando el infame enano. — ¡Que cargue él con la culpa!

Y como Eco iniciara un vago gesto de protesta, añadió :

— Al fin y al cabo, para eso lo buscamos, para que sirviera de pagano en caso de necesidad.

Héctor, bien ajeno a lo que contra él se tramaba, esperaba con impaciencia la hora de terminar su trabajo. Aquel día se consideraba el más feliz de los mortales. Rosita, su Rosita querida, la muchacha de sus sueños de amor y de felicidad, había aceptado su invitación de ir a cenar con él.

Cuando llegó el momento de cerrar la pajarería, Héctor se despidió de la señora O'Grady y corrió a su casa para afeitarse, cambiarse de traje, peinarse cuidadosamente y lustrarse las botas. Loco de contento, corrió en busca de Rosita, que, puntualmente, había acudido a la cita.

La cena transcurrió animada y jovial. Cuando hubieron terminado, Héctor se decidió a preguntar a la joven :

— Dígame, Rosita, ¿no cree usted que con lo que tengo actualmente y lo que gano, tengo suficiente para poderme casar?

Rosita había escuchado aquellas palabras con visible sorpresa.

— El día que yo me enamore de un hombre — con-

testó fríamente — me casaré con él, aunque no tenga ni tierra donde caerse muerto.

Una palidez extraordinaria cubrió el rostro de Macdonald.

— ¡Ah! — exclamó, visiblemente afectado por la respuesta. — ¡El día que usted se enamore!

Calló un momento, como si quisiera reconcentrar sus pensamientos y luego añadió :

— Si yo le era indiferente, como me parece deducir de su respuesta, ¿por qué me dió esperanzas?

— Una broma se le gasta a cualquiera, hombre...

Al oír aquellas palabras, el pobre Macdonald bajó la cabeza mientras Rosita, intentando en vano ocultar la intensa emoción que la embargaba, hacía esfuerzos extraordinarios para contener las lágrimas que afloraban en desbordado torrente a sus bellos ojos.

— ¡Rosita! ¡Rosita de mi alma! — imploró Héctor.

La joven no pudo reprimirse más y estalló en agudos y estridentes sollozos, confesando, por fin, la verdad que hasta entonces había querido en vano callar :

— ¡Héctor de mi corazón — le dijo — por más que he querido ocultártelo, me es imposible negar que te quiero!

Ebrio de alegría, Héctor se precipitó sobre ella y la tomó entre sus brazos, cubriendo su cara de apasionados besos.

Pero ella, poco a poco, fué desasiéndose suavemente, como si no quisiera abandonarse a aquella dulce caricia.

— ¡No puedo! — clamó, en el colmo de la desesperación. — ¡No puedo ser tu mujer, porque cuando sepas la verdad, me despreciarás y me escupirás a la cara!

— ¡Rosita!

— ¡No soy digna de ser la esposa de un hombre honrado! ¡Llenaría de fango el nombre del que se uniera conmigo!

— Pero, pequeña mía, ¿qué dices? ¡Por Dios!

— Sí, Héctor. He sido una ladrona... Una carterista... Estupefacto, Macdonald escuchaba, sin dar crédito a sus oídos.

— No fué culpa mía, Héctor... — continuó sollozando la joven. — Fué...

Iba a decir «Eco», pero se contuvo, al pensar en las trascendentales consecuencias que podía tener la revelación de todo su secreto.

— Fué la fatalidad, la que me lanzó sobre la pendiente del mal camino... Y ahora me doy cuenta... Ahora que es demasiado tarde...

Macdonald la había vuelto a aprisionar con la cadena de sus dulces caricias. Bajó la voz y, como una promesa de felicidad futura, murmuró:

— Nunca es tarde cuando se quiere abandonar la senda del delito, Rosita... A mi lado, como nada te hará falta, podrás rehabilitarte, y si alguien alguna vez te llegase a acusar o a reprochar por tu pasado, ¡ay de él, que mis puños se encargarán de hacerle callar!



Si yo le era indiferente, ¿por qué me dió usted esperanzas?

Aquella noche fué para ambos enamorados de mutuas promesas de felicidad futura, dulces ensueños que debían bien pronto trocarse en amargas realidades...



X

Cuando Rosita llegó a la pajarería, Eco la esperaba ante la puerta de la trastienda.

— ¡Cuánto te quiero, Rosita! — dijo imitando burlonamente la voz de Macdonald.

La muchacha, sorprendida, se detuvo.

— Te he seguido y te he espiado — siguió diciendo Eco. — ¡Qué bien sabes engañar!

— No le engaño — repuso ella, serena y severa.

¡Le quiero con toda mi alma!

Un grito de rabia y de rencor se escapó de la garganta de Eco.

— Muchas gracias por la franqueza — replicó.

Y, cogiendo la peluca blanca que le servía para caracterizarse, fué a salir.

— ¿Qué vas a hacer? — preguntó Rosita.

— No tardarás en saberlo, desciuida.

Iba a salir cuando se detuvo al escuchar la voz de un vendedor de periódicos que gritaba en la calle:

— ¡*The Herald!* ¡*The Herald!*! Con la detención del asesino de Arlington!

— ¡Trae un número, pequeño! — gritó Eco desde la trastienda.

Entró el vendedor y le dió el periódico. En primera página, a cuatro columnas, se encontraba estampada la siguiente noticia:

« Macdonald, el presunto autor del asesinato de Juan Arlington, asegura que se hallaba en la tienda de la señora O'Grady en el momento de cometerse el crimen. Las autoridades están investigando la coartada. »

Eco se dió una palmada en la frente.

— ¡Qué bruto he sido al no pensar en eso! — exclamó.

Regán y Don Comino se habían acercado a él y le contemplaban ansiosamente.

— Menos mal que la señora O'Grady — dijo el ventrílocuo al cabo de un rato — se evaporará por completo antes de que las autoridades principien esa investigación, que se trae su correspondiente miga.

— ¡Ah, no! — replicó Regán, con tono de profunda indignación. — ¡No faltaría más! No señor, no... La señora O'Grady seguirá aquí entre sus loros, como dos y tres son cinco. Ese tío del juzgado me vió aquí y no es cosa de que yo me quede aquí, entre las astas del toro.

Don Comino asintió con la cabeza mientras Regán continuaba diciendo, al tiempo que señalaba al enano y al ventrílocuo :

— Vosotros podéis quitaros el disfraz y quedaros tan tranquilos, pero yo no, y desde luego os advierto que si voy al patíbulo, no iré solo.

— ¡V no ha de ser Héctor Macdonald el que pague culpas ajenas! — exclamó entonces la voz de Rosita.

— ¡Sábedlo todos de una vez!

— ¿Qué vas a hacer? — interrogó Eco, intentando en vano disimular su ansiedad.

— No tardarás en saberlo, descuida — contestó la muchacha, recordando las amenazadoras palabras que momentos antes pronunciara el ventrílocuo.

Pronto tomó el ventrílocuo su determinación. Era preciso huir. En pocos momentos estuvo recogido cuanto de valor había en la tienda, que cargó Eco en el camión automóvil que tenía en el patio, un camión automóvil que, antes de fundarse el TRÍO FANTÁSTICO substituía el viejo carro del circo.

— Preparémonos rápidamente — ordenó Eco — porque no hay tiempo que perder.

— Pero ¿y si llegan entretanto los policías? — observó Regán.

— Les tengo preparada una sorpresa... Aquí conservo bien guardadito un barbián que te deja a ti tamañito.

Y, diciendo estas palabras, mostró a su cómplice

una jaula en la que reposaba un enorme gorila, que había pertenecido al circo de Eco.

Dos golpes secos sonaron a la puerta.

— ¡Son ellos! — dijo el ventrílocuo, encaramándose al camión en el que tomaron asiento Regán y Don Comino.

Acercóse a la jaula, cuya puerta abrió cuidadosamente.

— ¡Ahora, vente con nosotros! — gritó Eco, cogiendo con sus brazos nervudos y potentes a Rosita que no tuvo tiempo de defenderse, impidiendo que el ventrílocuo la cargase sobre el vehículo como un pelele.

Partió el coche como una exhalación, perdiéndose entre una nube de polvo, mientras en la pajarería se desarrollaba una escena terrible : el mono, que se arrojaba sobre los policías que habían violentado la puerta, y que, después de morderles cruelmente, echaba a correr en pos de los fugitivos, a los que no tardó en alcanzar, colocándose de un salto inversímil en el pescante...





— ¿Por qué no nos quitamos de en medio a esa gente y nos repartimos el producto de nuestra hazaña? — propuso un día el infame enano a Régén. — Ya dudaba Regán e iba a disparar su rifle contra Eco que, a lo lejos, paseaba con Rosita por el bosque, pero se contuvo.

— Espérate — le dijo. — Tal vez mi plan sea mucho mejor. Esos dos, aunque aparenten lo contrario, acabarán por quererse y nos dejarán el campo libre, y si no, ya lo verás.

El Trío FANTÁSTICO había escogido como refugio una cabaña situada en un apartado lugar en las montañas lejos del mundo civilizado. Allá vivían todos una vida salvaje, alimentándose principalmente con la carne de los animales que cazaban Eco y Regán.

Entre aquel pequeño mundo se iba estableciendo, poco a poco, una división.

De una parte, Eco y Rosita que apenas se acordaban del producto que podían obtener con la venta de las joyas robadas en casa del difunto Arlington.

De otra, Regán y Don Comino que no tenían más que una idea fija que les obsesionaba.

Apoderarse del botín y huir.

— ¿Por qué no nos quitamos de en medio a esa gente y nos repartimos el producto de nuestra ha-



“El Trío Fantástico” se había refugiado en una cabaña...

zaña? — propuso un día el infame enano a Régén. — Al fin y al cabo, haríamos una obra de justicia, puesto que nosotros fuimos los únicos que dimos el golpe.

Ya dudaba Regán e iba a disparar su rifle contra Eco que, a lo lejos, paseaba con Rosita por el bosque, pero se contuvo.

— Espérate — le dijo. — Tal vez mi plan sea mucho mejor. Esos dos, aunque aparenten lo contrario, acabarán por quererse y nos dejarán el campo libre, y si no, ya lo verás.

Cada día, un leñador llevaba a Eco los periódicos neoyorquinos, y por ellos enteróse el ventrílocuo de la tramitación del proceso.

Este era lento y complicado. El interrogatorio de Héctor Macdonald, largo y difícil, no había servido de mucho para activarlo. La vista de la causa estaba fijada para la primavera.

Una mañana, pocos días antes de la celebración del juicio oral, Eco, después de una larga conversación con Rosita, decidió emprender el viaje a Nueva York para intentar la salvación del pobre Héctor Macdonald.

— ¡Adiós, Rosita! — le dijo. — Intentaré, sea como sea, evitar que Héctor sea condenado.

Ella sonrió, agradecida, y con la puntita de sus dedos menudos, le envió un beso... Eco partió, montaña abajo hacia la expiación de su vida pasada... Pero ante él persistía, como consuelo supremo, la visión de aquella mujer, que nunca le había sonreído, y de aquel beso, por el que durante tanto tiempo suspirara...



XII

El acto de la vista había despertado entre todas las clases sociales de la capital neoyorquina, el más vivo y apasionado interés.

Unos creían en la culpabilidad del acusado, otros sostenían con la mayor energía que era inocente.

Los periódicos habían iniciado campañas en uno y otro sentido, y de la defensa de Macdonald habíase encargado un joven y peritísimo abogado, en cuyo talento confiaban mucho los que le creían libre de toda culpa.

Llegó el día tan esperado en el que tuvo lugar el señalamiento para la vista.

Como ocurre en todos los casos análogos, menudearon las solicitudes para presenciar el acto, y mu-

chos fueron los que se presentaron con cartas de recomendación de altos personajes de la industria, de las finanzas, de las artes y de las letras, dirigidas a las autoridades judiciales, en demanda de un permiso para presenciar las sesiones.

El día anterior a la celebración de la vista de la causa, el fiscal llamó al defensor de Héctor Macdonald.

— ¿Insiste usted en su intento de presentar a declarar a los dos testigos de descargo por usted propuestos en sus conclusiones?

— ¡Naturalmente! — contestó el letrado.

El fiscal sonrió.

— Pero ¿no ve usted que no vendrán?

— Eso es lo que no sabemos ni usted ni yo. Se está haciendo todo cuanto se puede para hallarlas, y aunque a la hora presente no se haya dado con ellas, eso no quiere decir que no puedan aparecer de un momento a otro.

— Celebro su optimismo, pero no lo comarto.

El defensor no había perdido todavía las esperanzas de dar con Rosita y con su supuesta abuela.

— De todos modos — siguió diciendo el fiscal — yo le admito esta presentación de testigos, si, naturalmente, comparecen mañana.

— Le doy a usted las gracias, señor fiscal, en nombre propio y del procesado.

— No hay de qué darlas, amigo. El abogado defensor cree siempre haber emprendido una causa

justa, y, por consiguiente, loables son cuantos esfuerzos haga por conseguir demostrarlo así.

Saludó efusivamente el defensor al fiscal y se retiró del Palacio de Justicia.

Aquella noche el abogado apenas durmió, pero a pesar de cuantos esfuerzos desplegaron los agentes que había destacado en busca de las dos mujeres, no pudo dar con ellas.

Amaneció el día. El día en que iba a decidirse la vida de un hombre, amenazada por la injusticia fruto de un error.

La sala de la audiencia estaba llena de bote en bote. En el banquillo de los acusados se hallaba sentado el procesado, cuyo rostro, dulce y sereno, no mostraba la menor alteración, ni acusaba inquietud de ninguna especie.

En medio del mayor silencio, se constituyó el tribunal, dándose inmediatamente lectura al apuntamiento de los hechos y a las conclusiones del fiscal y de la defensa.

Cuando hubieron terminado aquéllas, el abogado defensor se levantó y pidió la palabra.

— ¿Para qué? — interrogó el juez.

— Para que Usía me permita rectificar las aseveraciones del señor fiscal, en las que hay una completa tergiversación de los hechos.

— No ha lugar — contestó el juez, con voz breve y seca.

Entonces, un hombre que se había sentado en la

primera fila del público, escribió unas líneas, disimuladamente, y las deslizó con extraordinaria habilidad hasta los mismos pies del acusado.

Aquel hombre era Eco, que, fiel a su palabra, había acudido a la Audiencia dispuesto a salvar a Héctor.

Este se apercibió de que, ante sus plantas, alguien había depositado un papel.

Cogiólo disimuladamente y la mayor sorpresa se apoderó de su espíritu.

La misiva decía así :

« Héctor : Diga a su abogado que pida le llamen a declarar nuevamente. Una vez llegue el momento de hablar, rece el Padrenuestro constantemente, moviendo los labios, pero sin pronunciar una sola palabra. ¡Confíe en Dios que para El no hay imposibles!

CLARA O'GRADY. »

Héctor Macdonald hizo una seña a su defensor, mostrándole el papel.

— Es letra de la señora O'Grady, indudablemente. ¡Y ella no está aquí!

— Sin embargo, nada perdemos con intentar este recurso — contestó el abogado.

Y, dirigiéndose al juez, dijo :

— ¿Permites el señor juez que hable de nuevo mi defendido, para ampliar sus declaraciones?

A pesar de su rigor, el juez no pudo negarse a ello.

— Tratándose de un caso como éste, del que depende la vida de un hombre, el tribunal accede a lo solicitado.

Púsose en pie Héctor Macdonald, como idiotizado y, siguiendo las instrucciones contenidas en el papel, empezó a rezar, moviendo los labios como si hablara.

— ¡Grite más, que no le oigo! — exclamó el fiscal.

Y entonces, con enorme sorpresa, Héctor oyó una voz, que no era la suya, pero que tenía el mismo matiz, el mismo tono, las mismas inflexiones, el mismo timbre, pronunciar :

— Hubo un hombre que pasaba a los ojos de todos por una mujer anciana, y que, en unión de otros dos, formaba el TRÍO FANTÁSTICO...

— ¡Eso es inadmisible! — gritó el fiscal. — El acusado intentó primero probar la coartada por medio de una anciana y su nieta, que no han podido hallarse por ninguna parte, a pesar del interés que en ello debe haber puesto, indudablemente, el notable letrado encargado de la defensa, y ahora nos sale con que la anciana era un hombre...

Volvióse Héctor a su sitio y dijo a su abogado :

— Yo creo que me voy a volver imbécil. ¿Me ha oído usted declarar?

— ¡Ya lo creo!

— Pues ¡no he hablado ni una sola palabra!

El fiscal tomó de nuevo la palabra, para elevar a definitivas sus conclusiones provisionales.

— Un detalle hay en el transcurso de este sumario — dijo — que el tribunal no debe dejar de tener en cuenta ni un momento, y es que la defensa, a pesar de su buen celo e interés en demostrar la inocencia del procesado, no ha podido aportar ni un solo testigo de descargo!.

Las palabras del fiscal fueron interrumpidas por un murmullo general de sorpresa en la sala, que se produjo al ver a un hombre ponerse en pie, exclamando : — ¡Soy Eco! ¡La señora O'Grady! del Trío FANTÁSTICO.

— ¿Qué es ésto? — dijo el fiscal. — ¿Una nueva coartada?

— Señor juez — continuó diciendo Eco. — Deseo hacer ante el tribunal de su digna presidencia una confesión completa de los hechos.

Y Eco confesó, detalle tras detalle, todos los hechos acaecidos. El tribunal y el público escuchaban con creciente y vivísimo interés. Cuando el ventrílocuo hubo acabado de hablar, reunióse el Tribunal acordando inmediatamente que Héctor fuese puesto en libertad.

— En cuanto al declarante — dijo el juez — en atención a que, según sus manifestaciones, no fué él el autor del crimen, la justicia humana, como aquella más alta de que procede, atempera el rigor con la misericordia, y queda en libertad provisional ínterin se busca a los verdaderos culpables del ase-

sinato del señor Juan Arlington y del robo del collar de rubíes, para transformarla en definitiva una vez los criminales en poder de la justicia.

Dijo, y la multitud, al oír aquellas palabras, electrizada de entusiasmo, estalló en aplausos mientras Eco, con la cabeza baja, se perdía entre el público...

III





XIII

En la montaña, allá arriba, Regán, cuyos torpes deseos había excitado la hermosura de Rosita, no la dejaba un momento de la vista.

— Esto es una fortuna — le dijo, mostrándole los rubíes, en un momento en que Don Comino estaba almorcando en la cabaña. — Podemos repararnosla tranquilamente. ¿Qué le parece?

— ¿Quiere usted decirme, entonces, qué hemos de irnos juntos?

— ¡Naturalmente!

El leñador que llevaba el periódico a Eco no había vuelto, y por ello Rosita estaba sin ninguna noticia del proceso, en medio de la mayor ansiedad.

— No es el dinero lo que ha de hacerme feliz, Regán — contestó ella.

— El dinero... y lo demás — exclamó entonces Regán. — ¡Porque usted será mi mujer, pese a todos los Ecos y a todos los Macdonalds del mundo!

Y el miserable fué a arrojarse brutalmente contra ella, con ánimo de atropellarla.

Pero no había contado con la resistencia de la joven, que se resistió bravamente y acabó por escapar a sus acometidas.

Loco de rabia, Regán se lanzó en su seguimiento.

Rosita se había refugiado en la cabaña en donde iba a caer, a no tardar, en poder del miserable.

Mas entonces, una idea salvadora acudió a su mente.

¡El gorila!

Corrió a la jaula y le abrió la puerta. Entonces echó a correr a toda la velocidad que le permitieron sus piernas, temblorosas de emoción. No pudo ver más que el principio de la horrenda lucha entre el simio que sitiaba literalmente a Regán y al malvado enano...

Pocos momentos más tarde, la fiera había hecho la justicia que los hombres no pudieran llegar a hacer cumplir. En el interior de la cabaña, inanimados yacían los cuerpos de los dos criminales autores de la muerte de Juan Arlington.

Dos días de calvario costó a Rosita llegar a Nueva York.

Desafiando mil peligros, realizando largas caminatas a pie, salvó la distancia que separaba su re-

fugio de la ciudad, y, al llegar allí, tuvo la alegría de enterarse de que Héctor había sido absuelto, gracias a la confesión total y completa de Eco.

Rosita, dispuesta a completar la labor del ventrílocuo, se presentó en el juzgado, y allí explicó todo lo ocurrido, que, pocas horas después, pudo comprobar la autoridad competente enviando a la montaña a unos policías que recogieron los cadáveres de Regán y de Don Comino, trasladándoles a la ciudad.

En un rincón de la cabaña, cuidadosamente guardado dentro de una caja de hierro, fué hallado el collar fatal, que la policía devolvió inmediatamente, sin más tramitación, a la familia del desgraciado Arlington.

Los periódicos publicaron amplias informaciones sobre el sensacional desenlace del proceso que tanto había apasionado a la opinión, y durante semanas y semanas fué el tema preferido de actualidad para los reporteros neoyorquinos.

¿Qué hacía, entretanto, Héctor Macdonald?

Nada.

Había vuelto a la pensión donde vivía cuando estaba en casa de la falsa señora O'Grady, y, como era buen muchacho, activo, inteligente y trabajador, no tardó en hallar una nueva colocación que le proporcionó un pariente de Arlington, que había simpatizado mucho con el que, tiempo atrás, creyera un ladrón y un asesino.

Héctor trabajaba en un Banco de la City. Allí

transcurrían para él los días, aburridos y monótonos, siempre ante el mismo libro mayor, enorme, que ante él abría sus páginas como las fauces de un monstruo blanco que amenazara devorarle.

Sólo un recuerdo, un recuerdo obsesionante, perduraba en su mente.

Rosita O'Grady!

Hasta ahora, que se hallaba sin noticias de ella y podía darse cuenta de la ausiedad que esto le producía, no había comprendido cuánto la amaba.

¿Qué habría sido de la supuesta nieta de la falsa señora O'Grady?

A ratos, su figura aparecía, como una visión fantasmagórica, sobre las largas columnas de cifras del libro mayor, y, mientras Héctor iba comprobando una a una las cantidades, parecía entretenerte en saltar persiguiendo a su pluma que se detenía a instantes en cada línea...

Una mañana, junto con el voluminoso correo que llegaba diariamente al Banco, llegó una carta dirigida al señor Héctor Macdonald.

Cuando el botones de la sección de correspondencia fué a llevársela al nuevo empleado, éste se sintió dominado por una emoción indescriptible.

Acababa de reconocer, en el sobre escrito, los trazos finos y regulares del carácter de letra de Rosita.

Temblando de ansiedad rasgó el sobre, y con el mayor asombro leyó estas cortas líneas que le llenaron de pena:

« Queridísimo Héctor :

No volveré a verte mientras viva. Me es imposible explicarte la causa de esta separación, a la que me decido transida de dolor. Sólo quiero que sepas una cosa : que te amo y que te amaré siempre...

Adiós, alma mía, ROSITA. »

Estupefacto, aturrido por aquella terrible noticia, Macdonald se abismó en profundas reflexiones.

¿Qué podía haber ocurrido?

¿A qué podía deberse la causa de aquella brusca e inexplicable determinación?

No acertó a explicársela, por más vueltas que dió a su agitado cerebro, ni más conjeturas que hizo. Pero aquella noche, ni cenó ni durmió, pensando en ella, y muchas horas permaneció, tendido en el lecho, sollozando amargamente como un niño a quien se quita el más preferido de los juguetes.



Adios, Eco...
Foto: G. M. - E. L.



que la jura de la inocencia es la más
difícil de probar. Y Rosita, que se dio cuenta
de que el juez no iba a autorizar el asesinato
de su marido por la muerte de su esposo, se
negó a declarar. Entonces el juez le preguntó:
— ¿Por qué no iba a declarar? —
— Porque yo no sé si mi marido es culpable o
no. — Y Rosita se quedó callada. El juez
entendió que la mujer no quería decir la
verdad, y la sentenció a prisión. La senten-
XIV

Rosita O'Grady, fiel a su palabra, una vez hubo
declarado ante el juzgado y demostrado su inculpa-
bilidad en el asesinato de Juan Arlington, buscó
también colocación como modista. Habilidosa y
activa, fué admitida en un importante taller de
confecciones. Así, por lo menos, aseguraba su sus-
tento decorosamente.

Y entonces pensó en que había llegado el mo-
mento de cumplir lo que había jurado al ventrílocuo.

Eco estaba ya, definitivamente, en libertad. Re-
signado, había vuelto a su antiguo oficio y en las
plazas públicas, los jardines de la ciudad y las anchas
avenidas, plantaba su tablado, se encaramaba sobre
una silla y recomendaba su eterno discurso :

— ¡Pasan, señores, pasen, que es espectáculo
gratuito!

Era gratuito, pero escaso. Ahora ya no podía el ventrílocuo anunciar más que sus propias proezas. Regán y Don Comino habían expiado sus crímenes allá lejos, en las montañas, devorados por el terrible simio... Y Rosita, la « estrella » de la compañía, ya no divertía al público con sus danzas y sus graciosas sonrisas.

Sólo quedaban él y su muñeco, el grotesco Nemo, al que hacía pronunciar discursos contra la ley seca...

Y he aquí que, una mañana de sol, una mañana riente de primavera, en que los elementos parecían cantar la vida fecunda y buena, una muchachita, graciosa y esbelta, se acercó a Eco que en aquel momento terminaba sus preparativos para montar el tablado.

Era Rosita.

Al verla, el ventrílocuo dió un grito de sorpresa y de alegría. Para él, la aparición de la muchacha era una cosa tan imprevista que le dejó mudo y conturbado.

— ¡Tú!... ¡Tú!... — balbució. — ¡Rosita! ¡Mi Rosita!

Ella estaba seria y grave, como si tuviera que decir algo definitivo y doloroso a Eco. Creyó adivinarlo el ventrílocuo, y esta vez, la menor llama de odio revivió en el rescoldo de su agitado pasado.

Rosita estaba ante él, serena, estática, y una profunda tristeza se reflejaba en sus hermosas pupilas.

— Eco — le dijo. — ¿Te acuerdas de lo que te prometí si salvabas a Héctor?

El ventrílocuo hizo un gesto afirmativo.

— Pues aquí me tienes — repuso ella — con la sumisión de un reo que va a entregarse en brazos de su verdugo.

Una inmensa piedad invadió el espíritu de Eco. Vió el enorme sacrificio que iba a realizar aquella mujer enamorada... Acordóse de cuando tenía pocos años y se sentía feliz y contento de ser bueno... Después, en rápido y tumultuoso desfile, pasó ante su memoria toda su vida de malhechor... El despojo de los incacos que acudían a extasiarse en la contemplación de los ejercicios de su compañía, las hazañas del Trío FANTÁSTICO... Y aquel hombre, que no era malo en el fondo, sintió que su redención estaba ahora en la renuncia a aquel amor imposible que durante tiempo dominaría todos sus actos.

— No, Rosita, no — le dijo, tomándole la mano en la que estampó un ósculo dulce y suave... — No quiero empeñarme más tiempo en lo que no puede ser. Tú no me quieras. Tú amas a Héctor... Vuelve a él, sé su esposa y que seáis todos felices.

Asombrada, Rosita escuchaba las palabras del ventrílocuo.

— Pequé demasiado en la vida — continuó diciendo Eco — para que cometa este nuevo delito. Encadenar para siempre tu vida a la mía! Debo ahora expiar mis delitos... y mi penitencia será amarte siempre en silencio, pensar mucho en ti, y llorar recordando los momentos en que mi ciega pasión

me hizo creer que mi loca quimera podía llegar un día a convertirse en realidad...

Una lágrima asomó a sus ojos, una lágrima que se apresuró a enjugarse con el revés.

— Dile a Héctor que me perdone el mal que le hice, y tú, que eres tan buena, perdóname también por mi ofuscación...

Los ojos de la hermosa muchacha se cubrieron de lágrimas.

— ¡Eco! ¡Eco! — exclamó. — ¿Lo dices de corazón?

— Sí, Rosita.

— ¡Gracias!

— Vé, Rosita querida, vé en busca del hombre que amas... A su lado, gustarás la verdadera felicidad, la que yo no hubiera podido darte a pesar de lo mucho que te amo. Vé a ver a Héctor, que te debe estar esperando impaciente con los brazos abiertos para estrecharte contra su pecho... Y si vuelves a acordarte de este paria de la vida, ¡reza por él, para que Dios le perdone sus pecados!

Ella no pudo contener más tiempo su emoción, que en vano trataba de ocultar. Para no estallar en sollozos, se deshizo de las manos del ventrílocuo y le dijo, con voz infinitamente dulce :

— ¡Adiós, Eco!

El ventrílocuo volvió a quedar solo sobre su tablado. Todo había acabado para él. El sol lucía en todo su esplendor. Por las avenidas, corrían, como alegres pajarillos, las parejas de novios que se di-

rigían, terminada su labor en las oficinas, en los talleres, en los despachos, a almorzar juntos en los restaurantes discretos, donde podían, sin temor a indiscretas miradas, encerrarse en un departamento y cantarse uno al otro su amor... Y aquella canción eterna a la vida, aquella eclosión de luz y de calor que invadía la ciudad, era para Eco como una punzante ironía a la tragedia sentimental que atenazaba su dolorido corazón.

En un reloj dieron las doce.

— ¡Las doce! — Cómo había dejado pasar el tiempo, sentado sobre su tablado, sin llamar la atención del público, de cuyo favor tenía que valerse para atender a su sustento?

Hundió su diestra en el bolsillo, donde halló sólo unas monedas de cobre, que constitúan su único y mísero peculio.

— ¡Vamos! — se dijo. — ¡Volvamos a la lucha de siempre, a la lucha gris y monótona de cada día! ¡Hay que vivir! ¡Y qué triste es tener que vivir, cuando uno quisiera la muerte!

Se abrazó al muñeco, su único consuelo. Ante él se habían estacionado unos cuantos curiosos que tomaban su trágico gesto por una humorada grotesca.

— ¡Vamos, Nemo! — continuó el ventrílocuo, poniendo al muñeco sobre sus rodillas. — ¿Te has dormido hoy? ¡Claro! ¡Como hace tanto calor! Anda, contéstame : ¿Quieres que vayamos a casa a tomar una copita de ron?

Y el muñeco, con su voz gangosa y risible, contestó :

— ¡Sí, vamos en seguida! ¡Vamos a beber, que el alcohol es lo único que alivia las penas de los que sufren.

La concurrencia rió sin darse cuenta de la trágica realidad que tenían aquellas palabras, que tomaban por una chacota, y eran, en el fondo, una amarga confesión. Las lágrimas anudaron la garganta de Eco. Pero se acordó que aquel día no había almorcado y, dejando al muñeco a un lado, cogió uno de los folletos que tenía apilados en el suelo y empezó a repetir la monótona cantinela de siempre :

— Ahora, señoras y señores, voy a tener el honor de ofrecer a ustedes este libro, que vale un peso y se vende por la efímera suma de diez centavos. Contiene anécdotas, chascarrillos, adivinanzas y cuentos cortos, todos humorísticos y de buena ley, capaces de quitarle el *spleen* a un inglés y de hacer reír a medio mundo...

ÁLBUM FILM

Se ha puesto a la venta este elegante tomo que contiene

**200 retratos de artistas
— y 200 biografías —**

Resulta un libro de gran interés para los aficionados al cinematógrafo

Preciosas cubiertas en tricromía

PRECIO : 3 PTAS.

ALBUM FILM

— 200 fotografías de artistas —
x 200 fotografías —

Biscosse Cupíseras de pictóromos

PRECIO: 2 PTAS.

Se paga hasta a 15 años más
según tomo que contiene

Reservado el precio de libro
número para las rifas
de circunstancias

Biblioteca Ilusión

TÍTULOS DE LOS TOMOS PUBLICADOS

- 1 GARRAS FEROCES, por Alma Rubens y Jack Mulhall
- 2 YO NO TENGO CELOS, por Shirley Mason
- 3 EL TRONO DE LA CODICIA, por Seena Owen
- 4 EL ORGULLO DEL BARRIO, por Reed Howes
- 5 EL LOCO FURIOSO, por Reed Howes
- 6 MONEDA CORRIENTE, por John Gilbert
- 7 PRÉSTELE SU MARIDO, por D. Kenyon y D. Powell
- 8 CERCADOS POR LAS LLAMAS, por William Haines
- 9 LA SENDA DE LAS ESTRELLAS, por S. Mason
- 10 LA AMENAZA ROJA, por Jack Hoxie
- 11 AMAPOLA, por María Nerina y Pitusin
- 12 EL TRIUNFO DE LA VERDAD, por Jack Hoxie
- 13 A TODA VELOCIDAD, por Reed Howes
- 14 RICARDITO, NIÑO BIEN, por Ricardo Talmadge
- 15 EL PUENTE DE LOS SUSPIROS, por D. Mac Kall
- 16 POR AQUÍ NO SE PASA, por Charles Jones
- 17 LA DESCONOCIDA, por Shirley Mason
- 18 LA PUNTUALIDAD DE RICARDO, por R. Talmadge
- 19 ESPUELAS Y CORAZÓN, por Charles Jones
- 20 LINAJE DE LUCHADOR, por Tom Mix
- 21 CASADOS? por Owen Moore
- 22 PALOMITA MENSAJERA, por Fred Thompson
- 23 LA HACIENDA DE LOS DUENDES, por Hoot Gibson
- 24 EL ETERNO MURMULLO, por Tom Mix
- 25 UN SECUESTRO EN ALTA MAR, por House Peters
- 26 EL TERROR DEL MALPAÍS, por Charles Jones
- 27 AL ABRIRSE LA PUERTA, por Jacqueline Logan
- 28 VENDAVAL, por Tom Mix
- 29 MANCHA POR MANCHA, por George O'Brien
- 30 SUEÑOS DE OPIO, por Ricardito Talmadge
- 31 EL MONARCA DE LA SIERRA, por Tom Mix
- 32 DON DEMONIO, por Jack Hoxie
- 33 VIA LIBRE, por John Bowers y Margarita de la Motte
- 34 LA LEY DE LOS PUÑOS, por Charles Jones
- 35 EL NIÑO DE TEXAS, por Tom Mix
- 36 EL HUERTO DE LOS DUENDES, por Charles Jones

Precio: 25 céntimos

Biblioteca Disney

- titulos de los tomos publicados
- 1 GARRAS FEROCES por Alvin Rabner & Lee Minoff
2 HOJAS DE ORO por Shirley Maron
3 EL TROMO DE LA CODICIA por Señor Dwan
4 EL ORGULLO DEL BARRO por Reed Howes
5 EL LOGO SURGIO por John Cipolla
6 MONSIA CORRIENTE por John D. Powell
7 PRESTEMOS MARIDO por El Kisho Y. D. Hirsch
8 GREGARIO POR LAS FLAMAS por William Haines
9 LA SENDA DE LA ESTRELLA por E. Weston
10 LA AMISTAD ROTI por Jack Hoxie
11 AMAROLA por Melville Nelson & Lillian
12 EL TRINIDAD DE LA AVEROY por Jack Hoxie
13 A TODO AFECTIVIDAD por Ricardo Tamagno
14 RUMBARITO NIÑO BIEN por Ricardo Tamagno
15 EL PUNTE DE LOS SUPROS por G. Mac Namara
16 POR AQUÍ NO SE PASA por Charles Jones
17 LA DEDICACION por R. Tamagno
18 LA FANTALIDA DE RICARDO por R. Tamagno
19 ESPERANZA Y CORAZON por Charles Jones
20 FINALE DE LIENDOR por Tom Mix
21 CASADORES por Dean Woods
22 PALOMITA MENDIBRA por Luis Thompson
23 LA HACIENDA DE LOS DUNEDINS por Hoyt Green
24 EL ESTERNO MURUMETO por Tom Mix
25 EN SUCESOS DE ALTA MAR por Horace Jones
26 EL TERROR DEL MALLAR por Charles Jones
27 AL ABRE LA PUERTA por Jardineño Llorón
28 IRMANDADE por Jardineño Llorón
29 MANDATORI MAMUCHY por George O'Brien
30 SUEÑOS DE ORO por George Tamagno
31 EN MONVILLO DE LA SIERRA por Tom Mix
32 DON DEMONIO por Jack Hoxie
33 AL LÍmite por Jardineño Llorón
34 LA FALDA DE LOS PINTOS por Charles Jones
35 EL NIÑO DE TEXAS por Tom Mix
36 EL HIJO DE LOS BUNDLES por Charles Jones
- Precio: 10 céntimos

1000

DIRECCIONES DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

Conocedores de la utilidad que ha de tener un libro con la direcciones de los principales artistas de la pantalla y esas productoras, nos hemos decidido a publicar el tomo, que ofrecemos a nuestros lectores



Precio de este interesantísimo libro:
UNA PESETA

0001

DIRECCIONES DE ARTISTAS
CINEMATOGRÁFICOS

BIBLIOTECA ENCANTO

TOMOS PUBLICADOS

- 1 YO SOY COMO LA MANZANA
por Clovis Eimeric
- 2 AMOR QUE NO MUERE
Traducción por Ricardo Prieto
- 3 ¿DÓNDE HALLAR UN NOVIO?
por Clovis Eimeric
- 4 LA VENGANZA DEL AMOR
por Antonio Guardiola
- 5 EL HEROICO DON JUAN
por Clovis Eimeric
- 6 CORAZÓN DORMIDO
por Ricardo Prieto
- 7 ZAPATO QUE YO ME QUITO...
por Clovis Eimeric
- 8 AGUA MANSA
por Ricardo Prieto
- 9 LA NOVIA DEL ASESINO
por Clovis Eimeric
- 10 CORAZONES UNIDOS
por Pedro Nimio

PRECIO: 60 CÉNTIMOS

BIBLIOTECA TRÉBOL

LA COLECCIÓN CINEMATOGRÁFICA MÁS INTERESANTE
Y MÁS BARATA : DE VENTA EN TODOS LOS KIOSCOS

TÍTULOS DE LOS CUADERNOS PUBLICADOS

1. El último varón sobre la tierra, por E. Foxe.
2. El poder del que es honrado, por W. Desmond.
3. Vivir de milagro, por Bebe Daniels.
4. Hombres en bruto, por Jack Hoxie.
5. El tributo del mar, por Anna May Wong.
6. Enamorada del amor, por M. de la Motte.
7. La dama pintada, por G. O'Brien y D. Macaill.
8. La marca de la vanidad, por Billie Dove.
9. Con la espada al cinto, por Martha Masfield.
10. Las hijas de la noche, por Orville Caldwell.
11. El Terco, por Tom Mix y Doris May.
12. Nuestras esposas, por Dorothy Phillips.
13. Idilio accidentado, por Wanda Hawley.
14. Por llevar la contraria, por Charles Jones.
15. Wing Toy, por Shirley Mason.
16. El rey del lazo, por Charles Jones.
17. Casado de paso, por Edmund Lowe.
18. El Temerario, por Reed Howes.
19. Por otra mujer, por Kenneth Harlan.
20. El exprés de media noche, por W. Haines.
21. El novio de Ultramar, por Shirley Mason.
22. ¡Adelante, Malacara!, por Tom Mix.
23. El niño prodigo, por Charles Ray.
24. Como aquella mujer, por Ricardo Cortez.
25. Cambio de identidad, por Jack Hoxie.
26. Maciste y su sobrino, por B. Pagano.
27. Por la senda del bien, por Cayena.
28. Creando un hogar, por Alice Joyce.
29. Oro y plomo, por Charles Jones.
30. Entre dos amores, por Hoot Gibson.
31. Al borde del desierto, por Charles Jones.
32. De vaquero a millonario, por Hoot Gibson.
33. Leal, por Tom Mix.
34. Las culpas de una desposada, por Mildred June.
35. Bandolero por sport, por Tom Mix.
36. Los siete pecados capitales, por Margaret Livingston.
37. El vaquero y la condesa, por Charles Jones.
38. El deber contra el vicio, por Tom Mix.
39. Lobo de monte, por Charles Jones.
40. Ricardito enamorado, por Ricardito Talmadge.
41. El relámpago de Calgary, por Hoot Gibson.
42. Rectitud y valor, por Charles Jones.
43. La mariposa dorada, por Alma Rubens.
44. El traje de etiqueta, por Reginald Denny.
45. El caballero de Arizona, por Hoot Gibson.
46. La luz del cariño, por Tom Mix.
47. Juramento de soldado, por Charles Jones.
48. El toro bravo, por Fred Thompson.

PRECIO: 25 CÉNTIMOS

BIBLIOTECA PERLA

Tomos publicados

- 1 LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.
- 2 JURAMENTO OLVIDADO, por M. Kid y M. Varkon.
- 3 LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Vall.
- 4 AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.
- 5 ¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por E. Boardman.
- 6 CON LA MEJOR INTENCIÓN, por C. Talmadge.
- 7 UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por G. Hulette.
- 8 SOMBRAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.
- 9 EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.
- 10 LA LEY SE IMPONE, por A. Hall y M. Palmer.
- 11 DESOLACIÓN, por George O'Brien.
- 12 SUBLIME BELLEZA, por Andrey Munzon.
- 13 CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.
- 14 EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Portén.
- 15 EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.
- 16 ALEJANDRITO EL MAGNO, por Marion Davies.
- 17 NINICHE, por Ossi Oswalda.
- 18 DESTINO... por Isabellita Ruiz.
- 19 LA MÁSCARA Y EL ROSTRO, por M. de la Motte.
- 20 CARNE DE MAR, por George O'Brien.
- 21 ANA MARÍA, por Henny Portén.
- 22 EL HUERFANO DEL CIRCO, por I. Langlais.
- 23 CORAZÓN DE ACERO, por Rod la Rocque.
- 24 EL PRIMER AÑO, por Catalina Perry.
- 25 CORAZÓN INTRÉPIDO, por George O'Brien.
- 26 LA VIDA PARA EL AMOR, por Leatrice Joy.
- 27 LA REPRESA DE LA MUERTE, por George O'Brien.
- 28 SANDY, por Madge Bellamy y Harrison Ford.
- 29 HUELGA DE ESPOSAS, por Earle Foxe.
- 30 SIBERIA, por Alma Rubens y Edmund Lowe.
- 31 EL NECIO, por Edmund Lowe.
- 32 TRÍO FANTÁSTICO, por Lon Chaney y Mae Busch.

Precio de cada tomo

60 céntimos

DO - RE - MI

PUBLICACIÓN MUSICAL

35 céntimos ejemplar : Precio de suscripción: 4 pesetas trimestre

PIEZAS PUBLICADAS

- | | |
|--|------------------------------------|
| 1. PERICÓN RANCHERO (Pericón) | 33. EL DIABLO VERDE (One-step) |
| 2. ESCLAVA FIEL (Java) | 34. PIMPONÉ (Symmy) |
| 3. PÍCARA MODISTILLA (Pasodoble) | 35. ESPEJO IDEAL (Fox-trot) |
| 4. PERDONAME (Tango) | 36. ¡POR QUÉ TE VASP... (Tango) |
| 5. ¡PÓR UNA MADRE! (Pasodoble) | 37. NO TE ALABES (Schotisch) |
| 6. S. M. LA REVISTA (Fox-trot) | 38. ESTE ES MI FADO (Fado) |
| 7. FUMANDO ESPERO (Tango) | 39. BESO DE MUERTE (Marcha) |
| 8. EL PICO DE LA PACA (Pasodoble) | 40. EL MOTOR (Tango-Rumba) |
| 9. MI ÚLTIMO RECUERDO (Tango) | 41. DE MADRID AL BRASIL (Machicha) |
| 10. BOMBONES Y CARAMELOS (Marcha) | 42. UN RAYO DE LUNA (Pericón) |
| 11. OYE, MARIANO : ¡Te gusta elchotis? | 43. IMPERIO JAPONÉS (Fox-trot) |
| 12. CORTA, CORTA (Pasodoble) | 44. VIDA NAPOLITANA (Tarantela) |
| 13. GOLONDRINA QUE NO VUELVE. | |
| 14. EL MENSAJERO (One-step) | |
| 15. EL COCO (Rumba) | |
| 16. SONREIR (Fox-trot) | |
| 17. El raid del "PLUS ULTRA" (M. E.) | |
| 18. EL PAÑUELO CHILENO (Cueca) | |
| 19. MADRUGA CARTAGENERA | |
| 20. LA LECCIÓN DEL BESO (Symmy) | |
| 21. !! SOLA !! (Tango) | |
| 22. FLOR O MUJER (Vals-serenata) | |
| 23. NINI (Polca) | |
| 24. LAS MUÑECAS DEL PLATA (Peric.) | |
| 25. MORENINHA (Fado) | |
| 26. EL ÚLTIMO FOX (Fox-trot) | |
| 27. POR ALGO SERÁ (Marcha) | |
| 28. ¡TÚ VENDRÁS! (Tango) | |
| 29. Su Excelencia EL CHARLESTON | |
| 30. GITANERÍAS (Aires andaluces) | |
| 31. LA MUJER MANDA (Symmy-blues) | |
| 32. VIEJO MÍO, ¿QUÉ TENÉS? (Tango) | |



Facsimil de la portada de esta colección
cuyo tamaño es de 32 x 24 1/2 cms